

BASILIO VILLARINO: UN FUNCIONARIO COLONIAL EN EL MUNDO INDÍGENA. VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA, FINES DEL SIGLO XVIII

Laura Aylén Enrique
Universidad de Buenos Aires, Argentina
aylenle@yahoo.com.ar

Lidia Rosa Nacuzzi
Universidad de Buenos Aires, Argentina
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet)
lidianacuzzi@yahoo.com.ar

RESUMEN



Este artículo se refiere a la figura del piloto Basilio Villarino, funcionario de la Corona española, destinado a fines del siglo XVIII a expediciones de reconocimiento en el norte de la Patagonia. Se buscan señalar sus estrategias y acciones desplegadas en cumplimiento de las órdenes recibidas de sus superiores y cómo se dejan ver en ellas, con una lógica mestiza, sus ambiciones personales, su visión política y sus planes respecto de la colonización de una región habitada por grupos indígenas insumisos.

Palabras clave: Basilio Villarino, Río de la Plata, funcionarios, siglo XVIII.

ABSTRACT



Here we refer to Basilio Villarino, Spanish crown pilot who participated in exploring expeditions in north Patagonia during the late 18th century. We search to underline his attitude while he was trying to accomplish orders given by the superiority. The strategies and actions developed, product of a mestizo logic, expressed his personal ambitions, political vision and projects in regards of the colonization of a region inhabited by non- submissive Indian groups.

Key words: Basilio Villarino, Río de la Plata, civil servants, 18th century.

Introducción¹

La creación del Virreinato del Río de la Plata, en 1776, fue una de las decisiones que aplicaron la monarquía borbónica para conservar sus dominios de ultramar y evitar los avances de Inglaterra y Portugal. Las nuevas políticas de la Corona española buscaban tanto fortalecer su autoridad como desarrollar su marina, su comercio y sus industrias, a fin de incrementar los ingresos y ejercer una defensa más eficaz de sus fronteras. El Virreinato comprendía las actuales repúblicas de Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina y tenía al oeste la Gobernación de Chile. Se dividía en siete intendencias y una superintendencia, la de Buenos Aires (Zorraquín Becú). En cualquier mapa de la época puede apreciarse que hacia el sur de la capital, Buenos Aires, luego de una línea de fortines que corría a pocos kilómetros, se extendía una amplia superficie en blanco que refleja el desconocimiento de ese territorio. En ese espacio aparecían dibujados unos pocos ríos, accidentes costeros o leyendas, como “País de los pampas”, “Terra magallánica”, “Tierra de indios”, “Antiguo país del Diablo”, “Comarca desierta de Patagonia”.

En diciembre de 1778, el virrey Juan José de Vértiz envió a las costas patagónicas una expedición que tenía por objetivo reconocer la región y fundar cuatro fuertes, dos cercanos a la desembocadura del río Negro (en el norte de la Patagonia) y otros dos en la bahía San Julián (en el sur de aquellas costas). Así, las políticas borbónicas intentaban plasmar sus objetivos de conocer los territorios bajo su dominio y establecer una presencia más notable en la vasta región patagónica, con un emprendimiento de considerable importancia geopolítica². Adicionalmente, era necesario establecer trato con los indígenas de la región, unos grupos insumisos que eran muy poderosos

1 El presente artículo es parte de las investigaciones que subsidian la Universidad de Buenos Aires (UBACYT F 105) y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (PIP 0026).

2 Al respecto, algunos papeles producidos por funcionarios cercanos a la Corona alertaban sobre el peligro cierto de un establecimiento inglés en Patagonia (“Documento”).

por su conocimiento del territorio y sus recursos económicos, de los cuales dependió en no pocas ocasiones el éxito de este tipo de expediciones.

Mencionamos aquí algunos problemas que ya han sido analizados, como el de las múltiples actividades que desempeñaban los funcionarios de frontera, la manera en que encaraban situaciones complejas con los caciques de la región como si fueran *uno de ellos* y el del aprendizaje de conductas, estrategias y discursos (Nacuzzi “Francisco”). Es una suerte de comportamiento mestizo en el cual, en palabras de Gruzinski, se multiplican las astucias y habilidades, se movilizan las capacidades intelectuales y creadoras y se captan nociones y valores nuevos.

Nos centramos en la actuación de Basilio Villarino, un personaje subordinado al jefe de la expedición, que tuvo a su cargo empresas de reconocimiento de costas y territorios interiores y también estableció relaciones con los indígenas, que quedaron plasmadas en sus escritos y ponen de manifiesto su pensamiento político y sus planes estratégicos para esos grupos y la región. Tales planes no dejaban de ser subsidiarios de los de la Corona española, pero es posible vislumbrar en ellos las ambiciones personales de nuestro personaje, traducidas por él mismo como un aporte al éxito de la empresa colonizadora española.

Villarino provenía de una familia pobre y era un piloto de la Real Armada destinado a un oscuro fuerte del sur americano, pero tenía su cuota de ambición y sus sueños de estrategia. Era pragmático e inteligente y se adaptaba rápidamente a la manera de actuar más conveniente, buscando resolver los problemas cotidianos más allá de lo que le imponían las normas y órdenes formales y encontrando soluciones que integraban elementos de su cultura y la de los indígenas en el curso de relaciones cara a cara con ellos. Estas maneras de actuar pueden entenderse como parte del fenómeno del *middle ground* descrito por White para otras latitudes y otros colonizadores y actores indígenas. Estos conceptos de Gruzinski y White resultan operativos para enfocar el análisis del conocimiento de la región, las relaciones interpersonales y las tácticas discursivas de Basilio Villarino.

— La expedición a las costas patagónicas y sus protagonistas

La expedición iniciada en 1778 sufrió diversos avatares en cuanto a su mando, la confusión de unos parajes con otros, las dificultades para emplazar los fuertes programados y, sobre todo, su mantenimiento una vez establecidos. Algunas de esas cuestiones y, sobre todo, la relación de los expedicionarios con los grupos indígenas de la región han sido estudiadas anteriormente (Nacuzzi, *Identidades*; “Francisco”). De los cuatro fuertes que se habían ordenado levantar en las costas patagónicas (“Real Orden”; “Instrucción”) sólo se establecieron tres³. El más activo y conocido fue el fundado por Francisco de Viedma en la ribera norte del río Negro, el 22 de abril de 1779, y se llamó Nuestra Señora del Carmen o Nuestra Señora del Carmen de Patagones, aunque muchas veces es nombrado como El Carmen o Patagones por los mismos expedicionarios, habitantes del fuerte y viajeros que lo visitaron con posterioridad durante el siglo XIX⁴.

Desde el Fuerte del Carmen, aparte de las propias obras del emplazamiento, se realizaron numerosos reconocimientos de la costa y de las islas y bahías cercanas, casi todas a cargo de Basilio Villarino, Piloto de la Real Armada que formó parte de la expedición desde sus comienzos. Se buscaba reconocer los dos ríos más importantes de la zona, el Negro y el

3 Además del Fuerte del Carmen, en febrero de 1779 había logrado establecerse el primer emplazamiento en el actual golfo de San José (subsidiario del gran golfo de San Matías): el Fuerte San José (Viedma, “Necesidad”), que tuvo una larga aunque oscura existencia (de Paula). También, como parte del programa de esta expedición a las costas patagónicas, en 1780 se fundó el Fuerte de Floridablanca —en las cercanías de la actual localidad de San Julián, sur de la provincia de Santa Cruz— a cargo de Antonio de Viedma; su despoblamiento se hizo efectivo en enero de 1784 (de Paula).

4 Actualmente se encuentran allí las ciudades de Carmen de Patagones y Viedma, en las riberas norte y sur del río, respectivamente.

Colorado, y establecer otro fuerte en el segundo de ellos, objetivo que no se pudo lograr.

Estos dos funcionarios españoles, Francisco de Viedma y Basilio Villarino, al actuar en el Fuerte del Carmen y desde éste durante sus primeros años de existencia (1779-1784)⁵, tuvieron un papel clave para entender algunos avatares del mencionado establecimiento, las relaciones establecidas con los indios de la región y aun el éxito de determinadas empresas confiadas por el virrey. Se ha analizado cómo Francisco de Viedma repitió acciones y reprodujo situaciones a la manera de un cacique indígena y se lo ha llamado “cacique blanco”, pues se ha señalado su capacidad de “tratar con los jefes indios en un pie de igualdad: desplegaba argumentos oralmente, tanto como debía esgrimirlos por escrito ante sus superiores”, siendo el objetivo negociar y convencer (Nacuzzi, “Francisco” 31). También se destacó su “manejo de las situaciones de los más diversos matices que pudo encarar con los indios como si fuera *uno de ellos*” (Nacuzzi, “Francisco” 57-8). En el mismo trabajo, se mencionó el apasionamiento de este personaje por sus logros en el mantenimiento del fuerte, por el control del territorio adyacente (merced al envío de expediciones de reconocimiento) y por la recopilación de información al respecto. En estas cuestiones, Viedma destacaba las relaciones interpersonales que había logrado (con los caciques y los informantes) y la organización y el orden del establecimiento que estaba bajo su mando.

Pensamos que Villarino, desde su posición subordinada, tenía su propia manera de relacionarse con los caciques indígenas y sus grupos. Además, en no pocos pasajes de uno de sus diarios más extenso y más conocido va desplegando distintas ideas de la política que iba a seguir con los indígenas y los movimientos estratégicos para avanzar en sus territorios y ocuparlos. Estaba quizás más preocupado que Viedma en este aspecto; Viedma tenía muchas otras responsabilidades administrativas y políticas y

5 En octubre de 1784 Francisco de Viedma fue trasladado a otro destino, y en enero de 1785 Basilio Villarino murió en una innecesaria acción punitiva contra los indios de sierra de la Ventana.

su estrategia se centraba en que el emplazamiento del Fuerte del Carmen no fuera un fracaso, ya fuera porque un ataque de los indios lo destruyera o porque las autoridades porteñas decidieran levantarlo. Basilio Villarino conocía mucho más precisamente el territorio interior y esto lo ponía en una posición privilegiada de experimentado conocedor y hombre de muchos viajes en su haber.

Francisco de Viedma se reportaba directamente al virrey Juan José de Vértiz y Villarino, a su vez, al propio Viedma. Villarino llevaba minuciosos diarios de cada una de sus expediciones y los presentaba al comisario superintendente Viedma, quien los elevaba al virrey con su opinión. Para dar un ejemplo, son conocidos sus críticos comentarios al diario del reconocimiento del río Negro y a determinadas decisiones de Villarino, puesto que Viedma anotó sus observaciones sobre el escrito de Villarino y así se conservó en los archivos y luego fue publicado en la Colección de Angelis. A su vez, Viedma también llevaba un diario en el Fuerte, que remitía periódicamente al virrey (y éste a la Corte) y mantenía una abundante correspondencia con Buenos Aires y Madrid. En estos papeles se pueden reconocer actitudes, ambiciones, cualidades y adaptaciones de ambos personajes a la nueva realidad que les tocaba vivir.

Los caciques que más se relacionaron con Basilio Villarino en sus diversas expediciones fueron: Chulilaquin, Guchumpilqui, Negro y Francisco, aunque menciona a muchos otros. Chulilaquin tenía sus territorios en el interior del río Negro —y es allí donde interactúa con el piloto la mayor parte del tiempo—, en la Tierra de las Manzanas⁶. Este cacique realizaba amplios desplazamientos territoriales hasta las sierras de Buenos Aires y las inmediaciones de la frontera, para proveerse de caballos, y hasta las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado, para comerciar con los españoles del Fuerte del Carmen.

6 La “Tierra de las Manzanas” corresponde a lo que hoy es el sur de la provincia de Neuquén.

Guchumpilqui era otro cacique de la Tierra de las Manzanas que iba frecuentemente a los campos de la provincia de Buenos Aires a proveerse de ganado para vender en Valdivia. Es el cacique que entusiasma a Villarino y que le ofrece guiarlo hasta Valdivia y luego es muerto por el hijo del cacique Chulilaquin, hecho que desencadena una serie de amenazas y pedidos de ayuda por parte de unos y de otros. Francisco tenía sus toldos cerca de Choele Choel (una importante isla en el curso medio del río Negro). Tenía contacto tanto con indios del Colorado como de Las Manzanas y acompañó con un grupo de sus indios, por tierra, parte del recorrido de las embarcaciones de Villarino.

Negro tenía sus asentamientos habituales en las cercanías del Fuerte del Carmen, entre los ríos Negro y Colorado. Frecuentaba los alrededores de Buenos Aires y sierra de la Ventana. Fue un gran apoyo para la expedición que fundó el mencionado fuerte, puesto que estaba muy vinculado al intercambio de ganado.

Las expediciones de Villarino

Basilio Villarino llegó a las costas del norte de la Patagonia junto con los demás integrantes de la expedición que fundó el Fuerte del Carmen. Las órdenes del virrey indicaban la fundación de un fuerte en la desembocadura del río Colorado, pero no se conocía el lugar exacto de tal paraje. Por lo tanto, arribados al actual golfo de San Matías y luego de establecer allí un precario emplazamiento para los víveres y parte de la tropas (el fuerte de San José), Viedma le encargó inmediatamente a Villarino que saliera a reconocer las costas, los puertos y la desembocadura de los ríos de la región. En cada una de sus expediciones, Villarino llevó minuciosos diarios. Ellos ofrecen abundante información acerca de la aptitud de las tierras para la agricultura y la ganadería, las rutas indígenas y la presencia de recursos naturales, asentamientos y sitios estratégicos —como la zona de Choele Choel y la confluencia del río Negro con el Limay y Neuquén—. Igualmente, presentan abundantes datos sobre la existencia o no de agua para



la comitiva y las cabalgaduras, las facilidades/dificultades para el tránsito y la presencia de leña, pastizales y sus respectivas calidades.

Su primera expedición de reconocimiento se extendió desde el 8 de febrero hasta el 30 de junio de 1779. Durante ésta, el 22 de febrero descubrió el río Negro —el mismo que unos años después navegó hacia el interior— y dio aviso a Viedma, quien se trasladó allí desde el puesto más sureño de San José, el 11 de abril, y comenzó con las tareas de construcción del Fuerte del Carmen a la vera de ese curso de agua el día 22 del mismo mes. Mientras tanto, Villarino continuó sus relevamientos de la zona y terminó su expedición en Buenos Aires (Villarino “Diario de la descubierta”).

Entre el 23 de abril y el 27 de mayo de 1780 emprendió el reconocimiento del río Colorado, al norte del Fuerte, por tierra y por mar (Villarino “Diario de los reconocimientos”). Entre el 25 de octubre de 1780 y el 1° de enero de 1781 llevó otro diario de sus relevamientos hacia el sur y el oeste, especialmente del puerto de San Antonio, en el norte del actual golfo de San Matías (Villarino “Diario [...] del viaje”). Entre el 12 de abril y el 8 de agosto de 1781, el piloto volvió a partir, desde el río Negro, hacia la desembocadura del río Colorado y las islas y bahías cercanas a ella (Villarino “Diario de la navegación”).

Su empresa más conocida, el reconocimiento del río Negro hasta sus nacientes, continuando luego con la navegación del Limay hacia el sudoeste y la de uno de sus afluentes hacia el norte, fue realizada entre el 28 de septiembre de 1782 y el 25 de mayo de 1783 (Villarino “Diario del piloto”). El objetivo de este viaje era buscar una comunicación con la ciudad de Valdivia, en Chile, y con el Pacífico, y verificar la posibilidad de avances extranjeros por ese curso fluvial desde el Atlántico hasta la ciudad mencionada⁷.

7 Aunque una vez en la región, Villarino se empeña infructuosamente en cumplir con su propio objetivo de recorrer el camino que unía el sur de Neuquén con Valdivia —usado continuamente por los grupos indígenas con los cuales se contacta— e imagina las ventajas de una comunicación fluida de ida y vuelta que beneficiaría al establecimiento del Carmen en el río Negro.

Desde el punto de vista de Luiz, Villarino aportó a la geografía de la época una imagen del río Negro perfeccionada respecto de la brindada por Falkner, y no sólo confirmó los detalles de la ocupación indígena en el norte de la Patagonia, provistos por éste, sino que describió sus redes económicas y la articulación con el mercado colonial. Sosa Miatello se ha ocupado de los aportes del viajero para la etnografía de la región, clasificando la información según los caciques mencionados y sus ubicaciones geográficas, y Nacuzzi ha integrado sus datos con los de otras fuentes, en un estudio sobre los caciques y grupos étnicos del norte de Patagonia y sierra de la Ventana (*Identidades*)⁸.

Sobre la cuestión más importante que motivó este viaje, la de una posible ocupación de la región por potencias extranjeras, sólo contamos con los propios documentos de la época y la discusión que se entabla entre Villarino, su superior inmediato, Viedma y los especialistas que, desde Buenos Aires, fueron asignados por el virrey para evaluar esta misión, en particular del piloto: el brigadier José Custodio de Saa y Faría y el capitán de navío José Varela.

En torno a la discusión entre Viedma y Villarino nos detendremos más adelante. En cuanto a esta auditoría que se ejecuta sobre las actuaciones de Villarino, debemos aclarar que los funcionarios asignados no viajaron al terreno y se expidieron sobre lo que el propio piloto había escrito en su diario y sobre las cartas y opiniones de su superior, Francisco de Viedma (Viedma “Oficio del Intendente”). Así, el capitán de navío José Varela expresó al virrey que “desentendiéndose de las notas del Superintendente, proteja a Villarino que ha trabajado mucho y bien”, y aunque no todos sus datos geográficos eran correctos, había demostrado que los enemigos de España no podrían invadir sus establecimientos desde el sur, dadas “las dificultades y tropiezos de la navegación”, las dificultades “para penetrar

8 En un estudio reciente, Enrique se ha ocupado de la percepción del paisaje y sus recursos que tenían estos expedicionarios y de las relaciones de poder que se plasmaban en el paisaje descrito en los documentos.

hasta Valdivia” y la cantidad de víveres, caballos y mulas que necesitaría un cuerpo de tropa para alcanzar la empresa (Villarino 1145-7). Además, había quedado demostrado que la distancia entre el río y la ciudad de Mendoza no era corta, y con eso “queda desvanecido el temor que tuvo nuestra corte (fundado sin duda en las noticias de Falkner)” de un invasión de aquel emplazamiento entrando por el río Negro (Villarino, “Diario del Piloto” 1145).

Para el brigadier José Custodio de Súa y Faría, quien realiza diversas consideraciones sobre la denominación de los ríos dada por Villarino y el posible acceso a Mendoza, el río Negro no ofrecía ventajas para el comercio o la agricultura, “para esta, por la mala calidad del terreno; y para aquel, por las dificultades de su navegación” (Villarino, “Diario del Piloto” 1149). Sin embargo, opinaba que, aun cuando una invasión no se podía realizar por esta vía fluvial, sí era posible desde más al sur: “la podrían intentar, dando fondo los navíos dentro de la bahía sin Fondo, y haciendo el desembarco en el puerto de San Antonio”. Aunque inmediatamente reflexionaba sobre la imposibilidad de transitar con tropas hasta Valdivia o Mendoza, “por unas campañas incógnitas y despobladas”, donde haría falta caballos, carretas y, sobre todo, parajes en los cuales proveerse de víveres (Villarino, “Diario del Piloto” 1149).

Las relaciones interpersonales

VILLARINO Y VIEDMA

Villarino se relacionó cotidianamente con el personal a su cargo, con pobladores y con otros integrantes de la expedición a las costas patagónicas que se inició en diciembre de 1778 (Juan de la Piedra, Juan Ignacio Pérez, Ignacio Pérez Brito, Nicolás García y otros que son mencionados en los diversos documentos). Pero en los papeles que se han conservado no han quedado registros sobre esas interrelaciones. En cambio, es bastante abundante la correspondencia con su superior inmediato, Francisco de Viedma, y existen los ya mencionados diarios.

Los indicios más concluyentes sobre tensiones entre Villarino y Viedma se presentan en las copias manuscritas y en la versión publicada de su diario más famoso, el de reconocimiento del río Negro, en 1782-1783⁹. En ese escrito hay anotaciones realizadas por Viedma al pie de algunas páginas. Ellas dejan ver discrepancias con diversas decisiones y acciones de Basilio Villarino relacionadas con el manejo de los víveres y los pedidos de ayuda (en víveres y tropa) realizados a Viedma, que se transforman en interesantes “diálogos” manifestados a través de la documentación.

Por ejemplo, una de las quejas reiteradas de Villarino durante su travesía por el río Negro era por la falta de auxilios prestados por el superintendente Viedma desde el Fuerte del Carmen¹⁰, lo cual lo obligó a permanecer más de un mes —entre el 11 de noviembre y el 20 de diciembre de 1782— detenido en la isla de Choele Choel mientras esperaba nuevos víveres. Según el piloto, esto resultaba sumamente perjudicial para la misión y la ponía en riesgo. El 10 de diciembre escribe:

Este mes, que por falta de víveres estoy aquí, sirve de tanto perjuicio a la descubierta, me parece que si retardan algo más en enviarlos enteramente la imposibilitaba, ya por lo mucho que baja el río, ya por avanzarse la estación y quedar poco verano, y ya porque se les da lugar a los indios a que se junten para quitarnos los caballos en cualquiera vuelta en que no puedan ir al costado de las chalupas, sin cuyo auxilio es casi imposible este reconocimiento. (Villarino, “Diario del Piloto” 1004)

9 Sin embargo, en algunos documentos previos firmados por Viedma pueden apreciarse ciertos comentarios positivos sobre Villarino. Por ejemplo, había afirmado que el piloto se desempeñaba “a satisfacción, y es sujeto muy útil para este establecimiento” (Viedma, “Informe”, f. 158r.), y luego agregaba que era necesario que Villarino permaneciera en el río Negro “no sólo para levantar los planos de la costa, sino es para los reconocimientos de tierra [...] y absolutamente en toda la expedición no hay otro, que pueda desempeñar estos casos como él” (Viedma, “Informe”, f. 163r.).

10 Ya en un diario previo Villarino se había quejado de la poca ayuda brindada desde el establecimiento del río Negro. La escasez de provisiones durante un viaje de reconocimiento al puerto de San Antonio habría ocasionado el adelanto del retorno: “determiné volverme faltándome como llevo dicho víveres lo que sentí bastante pues tenía la gente muy conforme y todos deseosos de continuar la navegación” (Villarino, “Diario [...] del viaje” ff. 13v-14r).

En respuesta, Viedma anotó el siguiente comentario:

Si es cierto cuanto informa Villarino de las circunstancias de estos terrenos, era menester que explicara cómo había de pasar los caballos por la orilla del río, cuando ésta la hace intransitable, o cómo los había de llevar por tierra adentro y camino de los indios, sin el riesgo que se los quitasen, sólo con el resguardo de seis peones. (Villarino, “Diario del Piloto” 1038)

Recibidos los víveres el 12 de diciembre, todavía tuvieron que dedicarse a matar reses y charquear su carne, derretir y acopiar el sebo, fabricar velas, etc., y cargar las embarcaciones con estos víveres, tareas que insumieron nueve días más. En ese fragmento del diario de Villarino encontramos otras quejas en relación con los víveres que había recibido: que el bizcocho era “el más inferior que se puede imaginar” (1006), que la sal no alcanzaba para charquear toda la carne o que hubo que rehacer las velas porque las enviadas habían llegado en mal estado (seguramente por su exposición al sol en parajes tan desiertos). Todas observaciones que fueron contestadas por Viedma con sus anotaciones al pie del escrito.

Los marineros que iban con Villarino descubrieron en marzo de 1783 que dos de ellos sufrían de escorbuto, razón por la cual el mencionado piloto elogiaba la utilidad de las manzanas que habían recogido durante el viaje, “[...] pues aquí no hay otro socorro para éste ni otros males, por no haber embarcado dietas, medicinas, ni facultativo proporcionado a una expedición como ésta” (“Diario del Piloto” 1058). A lo que Viedma contestaba con una de sus notas:

Combínese esta propuesta con la facilidad con que informo, podía hacer el reconocimiento [del río] al secretario del señor Virrey, en presencia de D. Manuel Bruñel, cuando de orden de S.E. se les mandó a ambos exponer su dictamen sobre los costos que tendría el reconocimiento del río (Villarino, “Diario del Piloto” 1058-9).

En realidad, en este asunto no había nada que el piloto pudiera imputarle a Viedma, puesto que es muy dudoso que la composición de la expedición haya sido decidida sólo por él. Los enfermos fueron en aumento: Villarino lamentaba tener “[...] 7 marineros enfermos que me hacen

notable falta” y, sin embargo, no cejaba en su pretensión de llegar a la laguna de *Huechum-lauquen* —que él llamaba “la Deseada”— o enviar un mensajero a Valdivia “[...] para que de allí me socorran y auxilien con víveres [...]” y finalizar el reconocimiento “[...] de estos ríos y del Diamante; pues emprendiendo su navegación en las crecientes, no tengo duda en llegar a Mendoza”¹¹, según escribe el 1° de abril de 1783 (“Diario del piloto” 1061, 1075).

El 12 de enero de ese año ya había hecho referencia a la posibilidad de escribir al gobernador de Valdivia “[...] como para saber yo si de esa plaza podré ser socorrido con víveres, para si así fuese poder hacer un completo reconocimiento, y sino para tomar mis medidas y contar solo con los víveres que tengo” (1025). Un pedido de auxilio a Valdivia era casi una ofensa para Viedma, quien anotó en esa ocasión: “Las medidas que desde el principio iba tomando este piloto en su comisión, con tanto anhelo, de acopiar víveres, más bien le sirvió de atraso que de adelanto” (1026) e hizo otras observaciones, siempre originadas en los pedidos de víveres, aunque también opinaba sobre cuestiones más técnicas de la navegación acerca de las cuales no era especialista: “Téngase presente si el intento de este piloto era examinar, como dice, los ríos la Encarnación y el Diamante, emprendiendo su navegación en las crecientes, con las determinaciones que después tomó, despreciando la más favorable ocasión que se le presenta” (“Diario del Piloto” 1076).

Para luego reforzar su argumento exponiendo que había dejado casi sin harina al Fuerte para que Villarino “[...] no tuviese disculpa de volverse”, puesto que “[...] no había de perecer su gente en dos meses con los que le quedaban, y más de 20 a 25.000 manzanas que desembarcó, *para esperar por lo menos en el río Diamante las crecientes*” (Viedma, “Oficio del Intendente” 1142, las cursivas son nuestras).

11 Sin embargo, el río que Villarino menciona como “Diamante” era con mucha probabilidad el actual río Neuquén y no lo hubiera conducido a la ciudad de Mendoza.

Las observaciones de Viedma al diario de Villarino aparecen concentradas en las cuestión de los días de navegación (o de impedimentos en la navegación) y la cantidad de víveres que se le habían proporcionado a Villarino al salir. Así, discute cada detención de Villarino provocada por el caudal de agua del río, decidida por el piloto debido a los pedidos de los indígenas para que permaneciera en algún lugar o debida a la espera del envío víveres desde el Fuerte o por parte de los indígenas. En algunas ocasiones, realiza críticas que parecen infundadas. Por ejemplo, cuando el relato registra que se tiró pan mojado por una inundación en una de las embarcaciones o galleta podrida o enmohecida en las bodegas de las embarcaciones, aduce que Villarino incurre en “falta de sinceridad” o “falta de solidez y verdad” (“Diario del Piloto” 1054-5).

A nuestro entender, Viedma necesitaba justificar ante el virrey ciertos aspectos sobre los que se le podía endilgar alguna falta de previsión pero, en realidad, también estaba mostrándose muy crítico ante el despliegue de buenas relaciones de Villarino con los caciques de la región, política que él mismo había emprendido con éxito en el Fuerte. En efecto, Villarino —como Viedma antes de este viaje de su subordinado y después de éste— estableció excelentes relaciones con varios caciques, entre los cuales se destacó Chulilaquin. Suponemos que seguía en esto la política emprendida por Viedma, tal como lo ha señalado Nacuzzi (“Un ‘cacique blanco’”), no sin cierta gratificación por su pequeña cuota de ejercicio del poder que podía desplegar en los recónditos parajes del interior del río Negro.

— Villarino y Chulilaquin

Veamos, entonces, con algo más de detalle las interrelaciones entre Villarino y uno de los caciques de los que contacta en su recorrido. Cuando Villarino llega a las tierras de Chulilaquin, este cacique le solicita protección porque teme que otros indios del cacique Guchumpilqui tomen venganza por la muerte de él, que había ocurrido como un ajuste de cuentas entre estos dos caciques. Al principio Chulilaquin quiere hacerle creer al

piloto que esa muerte había sido “en defensa” de Villarino y su expedición, pero muy pronto la lenguaraza María López les informa que era “[...] sólo por obligarnos y vendernos la fineza” (Villarino, “Diario del Piloto” 1098). ¿A qué quería “obligarlos” el cacique Chulilaquin? A los acostumbrados obsequios, intercambios y a una presencia convincente para que no los atacara la disgustada gente del cacique Guchumpilqui.

La estadía de Villarino en tierras de Chulilaquin se prolonga durante 17 días. Desde el momento en que le dan noticias de la muerte de Guchumpilqui y lo involucran en el hecho, el 17 de abril de 1783, el piloto ordena detenerse, “[...] toldar las embarcaciones, alistar las armas, cargándolas de nuevo; montar los pedreros y esmeriles, y dormir toda la gente a bordo” (“Diario del Piloto” 1097). Sin embargo, ya desde el 7 de abril estaba dando noticias en su diario de diferentes visitas y encuentros con gente de Chulilaquin, por lo que podemos considerar que estuvo casi un mes en contacto cotidiano con este grupo. En ese período el piloto desplegó sus estrategias discursivas de manera muy elocuente.

La relación entre Villarino y Chulilaquin se delinea en ocasión de este viaje a sus tierras, aunque la presencia del cacique había sido habitual en el Fuerte durante todo el año 1780 y, luego, pasó por el mismo en enero y julio de 1781 en camino a (o de regreso de) los campos de Buenos Aires, adonde iba a proveerse de ganado. Para 1782, sólo encontramos una mención a la presencia de Chulilaquin en el Fuerte, en abril (“Carta de Viedma”, 1-6-1782), con la observación de que se había dirigido a sus tierras del interior del río Negro. Luego del viaje de Villarino, Chulilaquin regresa de visita al Fuerte en agosto de 1783 y Viedma informa al virrey que es importante mantener la amistad de este cacique si se quiere volver a viajar por el río Negro (“Carta de Viedma”, 21-8-1783).

En las tierras de Chulilaquin, el primer contacto de la expedición de Villarino (el 13 de abril) es con una de las mujeres de Chulilaquin, quien cumpliendo con el protocolo, se acerca a las embarcaciones con una comitiva y regalos para los viajeros: cinco carneros, una vejiga de grasa y una bolsa con piñones. Villarino, a su vez, los obsequia aunque la comitiva no

le solicita nada a cambio y se condeule de “los marineros desnudos con frío excesivo metidos en el río, arrastrando las embarcaciones” (1091). Las visitas posteriores de otros indios del grupo de Chulilaquin ya son para establecer un intercambio más formal, aunque a Villarino se le estaban acabando las resevas de “[...] bujerías que traje para regalarlos” y sus propias prendas y enseres de tocador (1093). Luego, cuando Chulilaquin todavía no se había presentado, el 17 de abril, se produce el pedido de diez soldados por parte suya, quien teme la venganza de la gente del cacique Guchumpilqui, y en la tarde de ese mismo día el pedido se reduce a dos soldados. Villarino comienza a utilizar sus recursos discursivos, explicando que “[...] estos soldados no entendían la lengua de los indios, ni tampoco sabían pelear, sino al lado de su capitán”, y los convence de que acerquen sus toldos a las embarcaciones (Villarino, “Diario del piloto” 1097).

Al día siguiente aparece Chulilaquin, otra vez cumpliendo con el protocolo de hacerse preceder por una comitiva de su gente y, además, vestido con el traje de galones y el bastón de mando que le habían obsequiado en el Fuerte del Carmen. El cacique le expresa a Villarino que teme un ataque, esa misma noche, de los aucas del fallecido Guchumpilqui, a lo que Villarino responde obsequiándolo, ofreciéndole amistad y prometiéndole auxilio. Los días subsiguientes, 19, 20 y 21 de abril, vuelven a circular noticias sobre el inminente ataque de los aucas hasta que, finalmente, el 22 de abril un indio de esa parcialidad le informa al piloto que no se habían decidido a atacarlos, porque estaban protegidos por Villarino y los caciques aucas habían discutido entre ellos en “[...] una contienda en la que murieron muchos” (“Diario del piloto” 1109).

Entretanto, Villarino había encontrado que el lugar donde estaban detenidos era adecuado para armar una fortaleza y, aprovechando los reiterados pedidos de Chulilaquin para que lo defendiera, realiza una verdadera puesta teatral sin dejar ningún detalle al descuido: manda a avisar a Chulilaquin que se presente “de gala”, hace preparar y asear a su gente, y una vez reunidos se refiere al rey de España (muy poderoso señor) y a sí mismo como su vasallo que tenía la obligación de cuidar de los indios por orden de su rey, que iba a tomar su defensa con el compromiso de que

ellos obedecieran y fueran “[...] leales vasallos del poderosísimo Rey de España” (“Diario del Piloto” 1106). Todos vivan al rey, hace izar la bandera y disparar un cañonazo y luego la tripulación —que ya estaba preparada en tierra— desmonta sauces, allana el terreno y construye rápidamente una especie de trinchera con una zanja y estacas para que dentro se ubiquen los toldos.

En este largo relato de Villarino sobre la construcción de la fortaleza y su arenga a Chulilaquin y su gente quedan expuestas las artimañas y los argumentos del piloto que actúa a la manera de un “cacique blanco”, como lo hubiera hecho Viedma (véase Nacuzzi, “Un ‘cacique blanco’”). Les hace creer que sólo se está preocupando por ellos, aunque arma la defensa de sus barcos y su tripulación con la ayuda de los propios indios: “Les mandé deshacer todos los toldos y conducirlos adentro; se los mandé a hacer allí juntos, y no separados como suelen” (1107). Esta vez, la nota de observación de Viedma coincide con las intenciones de Villarino, pues dice que el piloto no podía “[...] apeteer proporción mejor para desempeñar sus encargos que la que se le presenta con Chulilaquin y sus indios, por la muerte de Guchumpilqui” (Villarino, “Diario del piloto” 1103).

En suma, este viaje al interior del río Negro le sirve a Villarino para conocer mejor a los grupos indígenas y ensayar diversas posibilidades de interacción con ellos, con sus caciques y con sus lenguaraces, desplegando sus propias estrategias discursivas. Como los caciques (Nacuzzi, *Identidades*), usa el discurso (oral o escrito¹²) para negociar, convencer, amenazar o defenderse y perfilarse, al igual que Viedma, como otro “cacique blanco”.

12 Consideramos que el discurso es escrito cuando Villarino anota en su diario los acontecimientos cotidianos y hablamos de discurso oral cuando transcribe las alocuciones que dirige a los grupos indígenas, puesto que, aun siendo ambas expresiones escritas en este momento, las que el autor menciona como dichas tienen una construcción gramatical diferente y un contenido más vehemente.

Villarino como político y colonizador

La fortaleza que contruye Villarino a orillas del arroyo Collón Cura para los toldos de Chulilaquin es mencionada como “Paradero de la Expedición” en el mapa que adjunta al Diario (véase Sosa, lámina 3). Las actividades que organiza mientras permanece allí se relacionan con el conocimiento de la comarca adyacente; así, en ese período sale a reconocer diversos parajes como la desembocadura del río Huechu-Huechuen, el río Catapuliche, o envía a sus marineros a buscar la laguna Huechu Laufquen y calcular su distancia a Valdivia, o a internarse en la Tierra de las Manzanas.

También visita una de las tolderías, recibe a distintos personajes que van a visitarlo, convida a un almuerzo en su embarcación al cacique Chulilaquin y cuatro de sus familiares, obsequia de diversas maneras a los indígenas (con tabaco, bujerías, yerba y aguardiente) o hace que el médico de a bordo se ocupe del hijo enfermo del cacique. Además, anota observaciones sobre los grupos vecinos a Chulilaquin, describe las cualidades del terreno y menciona los posible parajes de emplazamiento de tolderías. Estas observaciones, en realidad, se encuentran en todo el diario, que registra cuáles indios se acercan, de dónde provienen, si están acampados cerca del río o no, qué relación tienen con otros grupos y la calidad de las tierras, costas y orillas del cauce fluvial.

Así, cumplía el piloto cabalmente con sus instrucciones de *reconocer* el río (lo cual implicaba dar cuenta de la posibilidad de navegarlo, pero también de sus tierras adyacentes y de los grupos que lo habitaban) y buscar una vía de salida al Pacífico, siempre negociando y parlamentando con los indígenas, puesto que en el tiempo que llevaba en el Fuerte del Carmen había aprendido las maneras de tratar con ellos, “[...] gastando toda aquella paciencia que se necesita para tratar con ellos, y aquellas rústicas y groseras políticas, que son precisas para hacerse amable entre esta gente salvaje” (“Diario del piloto” 1091). Según Nacuzzi, también Viedma manejaba hábilmente la relación con los grupos indígenas, como si fuera uno de sus caciques (“Francisco”). Es posible que Villarino haya sido un muy

buen observador de estas cualidades de su superior, aunque creemos que no era suficiente sólo observarlas; él fue capaz de ponerlas en práctica y hay que reconocerle una gran habilidad para ello.

Esta relación con Chulilaquin, que supuestamente protegía al cacique del ataque de sus ocasionales enemigos, también resultaba una ventaja para Villarino, quien estaba en tierras abosultamente desconocidas y rodeado de diferentes grupos de indígenas sobre los que muchas veces tuvieron que advertirle los de Chulilaquin. Por ejemplo, el 24 de abril lo visita un indio emparentado con Chulilaquin, aunque casado entre los peguenches, para ofrecer venderle vacas. Al día siguiente, como no aparece, Villarino le pregunta a Chulilaquin el porqué del incumplimiento, a lo que el cacique contesta “[...] que no había que fiar, porque seguramente aquel había venido a ver y observar en qué disposición estábamos”. Sin embargo, para Villarino es muy importante lograr comunicarse con Valdivia y reflexiona: “[...] yo sentí no haberle visto, porque por el interés cualquier indio aucas o peguenche me conduciría una carta a Valdivia” (“Diario del piloto” 1114). De este modo, si bien la cercanía de Chulilaquin le proporcionaba algún resguardo, al mismo tiempo alejaba a los grupos con los cuales estaba enemistado y que, precisamente, eran los que tenían más comunicación con Valdivia.

Convencido de no poder lograr la ansiada comunicación con Valdivia, el 26 de abril le hace decir a Chulilaquin que partirá de regreso. El cacique reacciona rápidamente y le dice: “[...] ¿cómo le quería dejar en manos de sus enemigos, que no tardarían más en quitarle la vida, que lo que yo tardase en salir de junto a ellos con las embarcaciones?” (1115).

Aquí, el relato de Villarino nos hace dudar. Si bien es cierto que hubo referencias anteriores sobre el respeto que imponía la presencia de los expedicionarios que defendían a Chulilaquin, como en el caso en que la Cacica Vieja les avisa a los aucas que “estaban los cristianos con Chulilaquin” (1108), este pasaje del diario puede haber sido escrito para justificar unos días más de permanencia en ese lugar ante Viedma. Villarino transcribe en su diario las súplicas del cacique: “¡Ah, hermano!, que Ud. no sabe la indiada

que hay entre estas sierras, que son más que hierbas tiene el campo, y me la están jurando para la hora que de mí se aparten los cristianos. [...] me están mandando a decir que a mí no me tienen miedo, sino a los cristianos” (“Diario del Piloto” 1115).

Villarino responde que se quedaría con gusto, pero le están esca-seando los víveres, por lo que Chulilaquin hace diligencias entre su gente y “a las 4 de la tarde ya tenía dos vacas en los toldos” para venderle al piloto (1116). Pactada la compra, Villarino concluye su relato con lo que nos parece su verdadera intención: “No me desagradó el estar más aquí dos o tres días, a fin de lograr si puedo el intento referido”, y agrega que “[...] estando estos indios agradecidos y persuadidos a que sólo por ellos es la detención” (1117), es posible que aparezca algún indio auca o peguenche porque estaban emparentados con los de Chulilaquin y así lograría enviar un emisario a Valdivia.

Viedma no percibe esta posible artimaña de Villarino de mencionar que los indios le han rogado que permaneciera unos días más junto a ellos, y en la nota que aquí agrega al diario argumenta a favor de la dilación del piloto en volver: “[...] si Villarino se hubiese empeñado en subsistir en aquel paraje [...] este indio no le había de faltar, con lo que él se mantenía y su gente, podían mantenerse los nuestros” (1116). No advierte, u omite mencionar, lo mucho que le costaba a Villarino obtener víveres por parte de los indios, cuando aun teniendo sumo interés en que Villarino se quedara junto a las tolderías, no podían proporcionarle alimentos si no era vendiéndoselos. En esta ocasión, las dos vacas deben ser compradas por aguardiente, cuchillos viejos, tabaco podrido y cuentas de vidrio¹³. Viedma todavía agrega un comentario que puede considerarse su máxima preferida, en vista de las actividades que emprende desde el Fuerte y el tipo de lealtad que, como puede verse, exige de sus subordinados: “Él [Villarino]

13 La justificación de que se gastaba muy poco en el trato comercial con los indios está siempre presente, tanto como en todos los escritos de Francisco de Viedma: el tabaco estaba podrido, la yerba era de mala calidad, los cuchillos eran viejos, etc.

debió tener presente que las grandes empresas se vencen pasando trabajos e incomodidades, pues teniendo todo lo que se necesita, cualquiera puede hacerlo” (1116-7).

Villarino hace un último intento de comunicarse con grupos vecinos a Valdivia. El 30 de abril, a punto de resolver su regreso al Fuerte, recibe noticias sobre el fracaso de un nuevo intento de hallar algún emisario hacia Valdivia, y sobre que no es un solo cacique el que está enemistado con Chulilaquin (Guchumpilqui), sino que hay otros “[...] muy contrarios por los robos que hace poco se han hecho unos a otros” (1122). Entonces, Villarino trata de convencer a Chulilaquin de que no le convenía dilatar su partida río abajo, hacia el Fuerte, y que quedaría sin su protección puesto que la expedición debía continuar su reconocimiento río arriba. Lo cierto es que el caudal de agua les impedía proseguir la navegación, aunque Villarino pensaba que “[...] saliendo de aquí Chulilaquin, vienen los aucaces o peguenches, que acaso tratando con ellos, se podrá acomodar alguna ventaja mayor que la que se logra con estos, pues estos no tienen que dar ni que quitarles en un caso urgentísimo, por su pobreza” (“Diario del piloto” 1122-3).

Pero la estrategia no da resultado: Chulilaquin argumenta que los aucaces lo seguirían, que querían acabar con él y con sus indios y que sólo la presencia de los españoles había detenido el ataque. Así, el 4 de mayo Villarino emprende el regreso hacia el Fuerte, seguido por tierra por Chulilaquin y su gente, sin haber logrado su cometido de comunicar el establecimiento del río Negro con el Pacífico, pero habiendo observado y anotado innumerables informaciones sobre el territorio interior de la Patagonia¹⁴.

En cuanto a la fortaleza que Villarino levanta en las riberas del arroyo Collón Cura, ya mencionamos que la llama Paradero de la Expedición,

14 Contemporánea con este viaje es la expedición (noviembre-diciembre de 1782) que Antonio de Viedma emprende desde el Fuerte de San Julián, en la costa sur de Santa Cruz, hasta los lagos cordilleranos de esa latitud. Sosa Miatello ha hecho notar el avance en el conocimiento del territorio interior que lograron estas dos expediciones.

en el plano del río que dibuja. Fue realizada para defender a los indios de Chulilaquin y a su propia tropa del ataque de indios de otros grupos, aunque no era la primera obra defensiva del viaje. Durante su primera detención a la espera de víveres, en Choele Choel, el piloto había realizado otra en noviembre de 1782. En ese momento no consignó ningún nombre, pero sí lo hizo al regresar al Fuerte del Carmen, “[...] llegué a la fortaleza de Villarino, en el Choelechel”, y en el plano (1134).

Se trataba de una empalizada que cerraba la boca de un potrero que tenía excelentes pastos, leña, madera, caza y peces disponibles, realizada en una de las islas de Choele Choel, que se destacan en el curso medio del río Negro por sus excelentes tierras y su gran extensión, puesto que cada una de ellas mide unos 25 km en el sentido del curso del río, de este a oeste y de 10 a 12 km de norte a sur¹⁵. La “fortaleza de Villarino” insumió 1.670 estacas cortadas de árboles de la zona aledaña y el trabajo de 18 a 25 marineros durante unos 15 días entre el lapso en que acopiaron estacas y la construcción en sí que llevó 8 de esos días. Villarino hizo construir también un galpón —de unos 10 por 6 metros—, que servía para guardar víveres o como puesto de guardia. En el momento en que llegan desde el Fuerte del Carmen los esperados víveres, los 46 hombres que componían esa comitiva “Se acamparon dentro del fuerte” (1005). Nótese que el piloto le daba el estatus de fuerte a la construcción que había ordenado y supervisado. Desde ella realizó diversos recorridos de reconocimiento por las orillas del río. También es de destacar que Villarino tuvo que esperar a que abandonaran la isla dos caciques: el Viejo y Guisel, que la ocuparon sucesivamente por pocos días, y que el cacique Francisco tenía sus tierras muy cerca o en la propia isla, según le informa la lenguaraza Teresa, el 6 de noviembre, antes de que comenzara la construcción.

15 En el mapa de Villarino hay una sola isla dibujada. Es posible que, dada la extensión que tienen, no haya advertido que se trataba de dos islas. En el texto, dice que medía 9 leguas (aprox. 50 km) por 3 leguas (aprox. 16 km).

Villarino no parece estar cumpliendo órdenes superiores al emprender esta construcción, porque en ese caso haría reiteradas referencias a ello en su diario. Viedma, en esta ocasión, no hace ninguna anotación crítica al respecto, sólo se refiere a la pérdida de tiempo. Ninguno de los dos advierte la repercusión que podía tener entre los grupos indígenas esta fortaleza que parece cumplir sólo un deseo de Villarino de mostrarse emprendedor y decidido a implementar su propia idea de cortar un paso de los indios que sabía que era muy importante y acababa de conocer. En efecto, los documentos de la época mencionan reiteradamente “el Choelechel” como un lugar de cruce del río Negro por los grupos que se dirigían desde el sur y el oeste a Buenos Aires, pero fue Villarino el primer español que llegó allí. Su decisión luce algo apresurada y esto se hizo evidente cuando llegó a las tierras de Chulilaquin. Allí, Villarino recibió noticias de la repercusión que había tenido su fortaleza en Choele Choel. Al parecer, uno de sus desertores había intentado “sublevar todos los indios”, tanto guilliches como tehuelches y aucaces, diciéndoles que “[...] nosotros teníamos intentado poner guardias y poblar el Choelechel, a fin de que estas naciones no pudiesen tener comunicación con los campos de Buenos Aires, que es de donde se proveen de todos los ganados” (“Diario del piloto” 1089).

Otra vez, no sabemos cuál parte del discurso Villarino pone en boca del desertor Benites y cuál parte es expresión de sus propios pensamientos. No muestra ninguna preocupación por la suerte que podía correr el Fuerte del Carmen, en el cual todos estos grupos comerciaban el ganado robado en los campos de Buenos Aires (véase Nacuzzi *Identidades*). Más bien se muestra orgulloso del malestar de los indios: “[...] lo que les hizo más ruido fue la población del Choelechel” (“Diario del piloto” 1090). Ya fuera que tal población sólo fuera considerada una posibilidad por los indios o que hubieran tomado la construcción de la fortaleza como el inicio de una ocupación más efectiva, la preocupación había quedado instalada y Villarino había tenido bastante que ver en el asunto. El piloto soñaba con que, sin la comunicación con los campos de Buenos Aires, los indios no tendrían cómo vivir “[...] y se verían precisados a domesticarse y reducirse” (1089).

Esta imagen perfecta de colonización y dominio sobre un territorio, la de los indios reducidos, perduró muy poco entre los expedicionarios que fundaron el Fuerte del Carmen y, a través de ellos, llegó al virrey y a la corte la imagen más real de unos grupos nómades muy poderosos económicamente y libres políticamente que se mantuvieron como tales casi durante 100 años más.

— Consideraciones finales

Hemos presentado unas relaciones de frontera muy particulares, puesto que se daban entre grupos nómades no sometidos ni reducidos y expedicionarios españoles que dependían de esos grupos para llevar a cabo sus reconocimientos de territorios y geografías que les eran desconocidos. A fines del siglo XVIII los grupos indígenas del norte de la Patagonia tenían un amplio control de sus territorios ancestrales y un gran poderío económico que se había acentuado con su acceso al ganado cimarrón que prosperaba en los campos de Buenos Aires. Un siglo después serían derrotados por las tropas de un ejército que respondía al Estado-nación argentino en formación. Pero, por el momento, eran soberanos, prestaban ayuda al Fuerte del Carmen, recibían y exigían regalos, brindaban diferentes tipos de información (sobre caminos, grupos étnicos y sus movimientos, posibles ataques o malones a los puestos de frontera, situación de los cautivos, etc.).

En este marco, algunos de los caciques de estos grupos establecieron relaciones muy particulares con diversos funcionarios de la Corona española destinados a las fundaciones que se planeaban en la región. Basilio Villarino se destaca entre ellos, quien desplegó sus particulares estrategias discursivas, mostró sus ambiciones de aportar a la colonización la región y entabló una especial relación con el cacique Chulilaquin. Sus acciones pueden interpretarse como un comportamiento mestizo, puesto que echa mano a nociones propias del mundo indígena y las combina con su propia cosmovisión; por ejemplo, cuando realiza largos discursos a los indios (una práctica indígena) y se presenta como un humilde súbdito del rey



de España que está obligado a defenderlos de sus enemigos y, por ello, esos indios quedaban a su vez comprometidos a ser fieles y leales vasallos del rey (un razonamiento propio de su visión del mundo).

En otras ocasiones combina la práctica indígena de informarse de diversas cuestiones a través de caciques o lenguares a los que regala o convida con alimentos con las recorridas del terreno habituales para un funcionario español, o practica el trueque a la manera indígena para obtener víveres para sus marineros. En sentido contrario, están los casos de indígenas que se presentan a vender animales y solicitan a cambio bienes europeos a los que ellos no tienen fácil acceso, pero ya se les habían hecho necesarios, como el tabaco, el aguardiente o los cuchillos. Se trata de un “mestizaje de las prácticas”, como lo expresaría Gruzinski.

Así, el mundo indígena y el de los conquistadores se mezcla y hay préstamos mutuos. Los europeos improvisan comportamientos nuevos para ellos, los indígenas se apropian de elementos europeos. Es lo que White ha descrito como individuos buscando soluciones ante nuevas controversias, mezclando elementos de la cultura propia y la ajena y reinterpretando prácticas de los otros de una manera que no se corresponde enteramente con ninguna de las dos culturas en contacto. Como ha señalado Quijada, las interacciones económicas entre estos dos grupos son hasta ahora las más estudiadas y mejor comprendidas, pero hay otros aspectos a tener en cuenta: aquellos vinculados a la política, la ideología y las múltiples interacciones que no están basadas en la violencia¹⁶. La autora ha señalado que Francisco de Viedma no es un mero transmisor de la órdenes recibidas, sino que crea y articula tácticas propias frente a los grupos

16 Sólo a modo de ejemplo sobre otros estudios respecto de cómo los acuerdos y desacuerdos políticos entre los grupos indígenas y el Estado —fuera colonial o republicano— se construían muy frecuentemente desde los intereses y determinaciones de los primeros, mencionamos los aportes de Roulet, Nacuzzi (“Tratados de paz”), Nacuzzi y Lucaioli y las insoslayables contribuciones de Martha Bechis.

indígenas, aprendiendo las estrategias de negociación de los aborígenes. Algo similar puede decirse de Basilio Villarino.

En sus escritos, Villarino se esforzó por subrayar lo acertado de sus acciones y decisiones en cuanto al aprovisionamiento de víveres, el trato con los indios, el conocimiento de la región que recorrió y las negociaciones que emprendió, siempre justificando cada uno de sus actos porque debía dar cuenta de ellos a su superior inmediato y al Virrey y la corte. Aun en esa situación en que sus acciones iban a ser observadas y revisadas, tomó interesantes iniciativas, como la construcción de las dos fortalezas que hemos mencionado. En una de ellas, el trato cotidiano con los indios del cacique Chulilaquin lo llevó a multiplicar sus estrategias discursivas y fácticas, como el momento en que hace disparar un cañonazo sólo para que los indios conocieran la fuerza de sus armas y, al mismo tiempo, se tranquilizaran porque esa misma fuerza serviría para defenderlos de sus enemigos.

Al respecto, Quijada ha mencionado “[...] el juego de adaptaciones a las formas ajenas” (290) que se producen en las áreas de frontera, donde la aculturación funciona bidireccionalmente: indios y blancos incorporan elementos de la otra sociedad o formas culturales ajenas, pero necesarias en la nueva situación de contacto interétnico. En este sentido, es interesante destacar la actitud de Villarino respecto de un posible ataque de otros grupos indígenas a Chulilaquin. Él —que había tranquilizado al cacique— y su tripulación correrían el mismo peligro, ante el cual se manifiesta tranquilo porque tenía, en los indios de Chulilaquin, más de cien “soldados” que pelearían por su vida y la de su tripulación.

Finalmente, nos parece pertinente mencionar una reflexión de Gruzinski en cuanto a que los mestizajes constituyen una reacción de supervivencia que implica la apropiación de elementos europeos por parte de los indígenas. Un análisis en este sentido ha avanzado Irurtia para la región que nos ocupa. Creemos que es necesario sopesar el otro término de esta ecuación y, en el futuro, seguir analizando cómo y por qué se producen apropiaciones de elementos indígenas por parte de los europeos.

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

- Angelis, Pedro de, comp. *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. T. 8, vol. B. Buenos Aires: Plus Ultra, 1972. Impreso.
- “Instrucción conforme al espíritu y contexto de distintas Reales Órdenes, y advertencias del particular, que por ahora, [...] deberá observar el comisionado por S. M. para establecer poblaciones, y fuertes provisionales en [...] la costa oriental llamada patagónica [...]” (3 de noviembre de 1778). Archivo General de Indias (AGI), Sevilla. *Audiencia de Buenos Aires*, leg. 331.
- “Necesidad de formar dos establecimientos con dos fuertes subalternos en las costas de America Meridional [...]” (8 de mayo de 1778). *Revista de la Biblioteca Nacional* 2.6 (1938): 336-45.
- “Real orden: formación de un establecimiento en bahía Sin Fondo, además del de San Julián” (8 de junio de 1778). *Revista de la Biblioteca Nacional* 2.6 (1938): 328-9.
- Sáa y Faría, J. “Respuesta de este Brigadier al Virrey, sobre el reconocimiento y diario de Villarino” (25 de octubre de 1783). Angelis 1147-50.
- Varela, J. “Respuesta de este Capitán de navío al Virrey, sobre el reconocimiento y diario de Villarino” (22 de octubre de 1783). ANGELIS 1144-7.
- Viedma, F. “CARTA DE VIEDMA A JUAN JOSÉ DE VÉRTIZ” (FUERTE DEL CARMEN, 1 DE JUNIO DE 1782). ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN), ARGENTINA. SALA IX, 16-3-10.
- . “CARTA DE VIEDMA A JUAN JOSÉ DE VÉRTIZ” (FUERTE DEL CARMEN, 21 DE AGOSTO DE 1783). ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN), ARGENTINA. SALA IX, 16-3-2.
- . “Documento relativo a la expedición de Juan de la Piedra a las bahías Sin Fondo y San Julián, emprendida el 14 de Diciembre de 1778” (comienza en diciembre de 1778, finaliza en septiembre de 1780). *Revista de la Biblioteca Nacional* 2.6 (1938): 364-84. Impreso.
- . “Informe de don Francisco Viedma sobre el Carmen de Patagones” (junio de 1779). Archivo General de la Nación (AGN), Argentina. *Biblioteca Nacional, legajo* 196, f. 135-169.
- . “Oficio del Intendente al Virrey Vértiz sobre el reconocimiento y diario de Villarino” (19 de agosto de 1783). Angelis 1140-4.

- Villarino, B. “Diario de la descubierta al Río Colorado” (8 de febrero de 1779-2 de mayo de 1779). Archivo General de la Nación, Argentina. *Biblioteca Nacional*, legajo 167, manuscrito 217.
- . “Diario de los reconocimientos del Río Colorado, Bahía de Todos los Santos, e internación del Río Negro hecho por el 2º Piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino” (23 de abril de 1780-27 de mayo de 1780). Archivo General de la Nación (AGN), Argentina. *Biblioteca Nacional*, legajo 167, manuscrito 210.
- . “Diario [...] del viaje al Puerto de San Antonio” (Buenos Aires, comienza el 25 de octubre de 1780, finaliza el 1º de enero de 1781). Archivo General de Indias (AGI), Sevilla. Audiencia 327.
- . “Diario de la navegación emprendida en 1781 desde el río Negro, para reconocer la Bahía de Todos los Santos, las islas del Buen Suceso, y el desagüe del río Colorado” (12 de abril de 1781-8 de agosto de 1781). Angelis 641-700.
- . “Diario del piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del Río Negro en la costa oriental de Patagonia...” (28 de septiembre de 1782-16 de agosto de 1783). Angelis 967-1138.

FUENTES SECUNARIAS

- Bechis, Martha. *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008. Impreso.
- de Paula, Alberto. “Planeamiento territorial y fortificaciones portuarias en Patagonia y Malvinas, durante el dominio español”. *Actas del I Seminario “Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas”*. Madrid: s. e., 1985. 299-347. Impreso.
- Enrique, Laura. “La percepción del territorio del norte de la Patagonia entre los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII”. Trabajo de grado de licenciatura. Universidad de Buenos Aires, 2010. Impreso.
- Gruzinski, Serge. *El pensamiento mestizo*. Barcelona: Paidós, 2000. Impreso.
- Irurtia, María Paula. “La visión de los indios respecto de los ‘cristianos’ y ‘huincas’ en el norte de la Patagonia, siglos XVIII y XIX”. *Funcionarios, diplomáticos, guerreros: miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*. Comp. Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002. 247-85. Impreso.
- Lui, María Teresa. *Relaciones fronterizas en Patagonia: la convivencia hispano-indígena del período colonial*. Ushuaia: Asociación Hanis, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, 2006. Impreso.

- Nacuzzi, Lidia R. *Identidades impuestas: tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 1998. Impreso.
- . “Francisco de Viedma, un ‘cacique blanco’ en tierra de indios”. *Funcionarios, diplomáticos, guerreros: miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX)*, por Nacuzzi, comp. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002. 25-64. Impreso.
- . “Tratados de paz, grupos étnicos y territorios en disputa a fines del siglo XVIII”. *Investigaciones Sociales* 17 (2006): 433-53. Impreso.
- Nacuzzi, Lidia R. y Carina P. Lucaioli. “y sobre las armas se concertaron la paces’: explorando las rutinas de los acuerdos diplomáticos coloniales”. *Cultura-Hombre-Sociedad* 15.2 (2008): 61-74. Impreso.
- Quijada, Mónica. “A modo de Epílogo”. *Funcionarios, diplomáticos, guerreros: miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*. Comp. Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002. 287-93. Impreso.
- Roulet, Florencia. “Con la pluma y la palabra: el lado oscuro de las negociaciones de paz entre españoles e indígenas”. *Revista de Indias* 64.231 (2004): 313-48. Impreso.
- Sosa Miatello, Sara. *Basilio Villarino y etnohistoria de la Patagonia septentrional argentina*. Buenos Aires: Programa de Estudios Prehistoricos, 1985. Impreso.
- White, Richard. *The middle ground: Indians, empires, an republics in the Great Lakes region, 1650-1815*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991. Impreso.
- Zorraquín Becú, Ricardo. *La organización política argentina en el período hispanico*. Buenos Aires: Perrot, 1967. Impreso.

Fecha de recepción: 30 de marzo de 2010.

Fecha de aprobación: 3 de agosto de 2010.